LORENA GALL
GENOVEVA LOJO GALL

HACHAZO

ENSAYO Y ERROR

Hachazo

Textos: Lorena Inés Gall
Ilustraciones: Genoveva Lojo Gall
Colección: Trabajo en familia, tomo III.

Contacto con autora de textos
Lolo Nou Nou
lorenainesgall
Página personal: www.lorenagall.com.ar

Foto de contratapa: “Boquitas pintadas”, por Ramón Lojo Gall

Colección Ensayo y Error
Plaqueta creada en el marco del Taller de edición de El Rucu Editor.

Si vas a usar algún texto o imagen de esta obra en cualquier lugar de alcance público, tanto físico como vitual, te pedimos que nombres a sus autoras.

1.-MENSTRUACIÓN

Mi papá prende la luz y dice:

—Berenice, Nadia, levántense que ya son las diez. Diez de la mañana y todavía durmiendo.

Es sábado, pero para mi papá, los sábados también hay que aprovechar el día. La semana pasada terminé el curso de primeros auxilios de la Cruz Roja al que me obligó a ir. Como mi mamá murió en un accidente cuando yo tenía 5 años, él se quedó con la idea de que si alguien la hubiera asistido antes de que llegara la ambulancia, quizá hubiera sobrevivido. A lo mejor, es una idea de él, pero igual creo que hacer el curso me hizo bien. A mi hermana Berenice no la dejaron anotarse porque todavía no cumplió diez años.

En el curso aprendí asistencia respiratoria, a limpiar heridas y mordeduras, a hacer un torniquete y a hacer una camilla con lo que haya a mano. Yo era la más chica del grupo.

—Tenemos sueño —digo, tapándome la cara con la sábana.

—Ya durmieron suficiente. Y hasta la semana pasada te levantabas a las ocho.

—El curso ya terminó. Quiero dormir un rato más.

—Pero si se acostaron a las nueve. Arriba que hay mucho que hacer.

Lo que mi papá no sabe es que nos acostamos a las nueve pero no nos dormimos y cuando escuchamos que él y su esposa cerraron la puerta de su cuarto, nos levantamos y pusimos la tele con el volumen bien bajito. Justo estaban dando una película de terror que mis hermanos ya habían visto. Se llama Carrie. Es un poco vieja, de la época en que mi mamá y mi papá se casaron. Mi hermano no nos dejó verla entera porque dijo que había desnudos y violencia. Igual, pude ver la primera

parte en donde a una chica le sale sangre de las piernas y no sabe lo que le pasa. Me hizo acordar a cuando le vino a mi hermana, que fue hace dos meses. Ni ella ni yo sabíamos nada porque a las nenas por lo general, les viene a los once o doce, entonces te lo explican recién en quinto grado. Pero a ella se le adelantó y le vino justo cuando estábamos solas.

Fue un sábado a la mañana, antes de que yo empezara el curso. Yo me di cuenta de que algo raro pasaba porque Berenice tardaba más de lo normal en el baño. Me preocupé y le golpeé la puerta. Tenía miedo de que se hubiera patinado y se hubiera caído o desmayado. Una vez en el noticiero vi un caso de una chica que se desnucó saliendo de la ducha.

—¡Ya va! —me gritó enojada.

—Apurate que me estoy haciendo pis.

Los cuatro hermanos nos teníamos que arreglar con el baño de adelante porque casi nunca nos dejaban ir al del fondo de la casa que era para mi papá y su esposa. Ella se llama Mónica y es la mamá de Berenice y de Pablo. A ella nunca le digo "mamá" porque yo tuve una madre y aunque se murió, no siento que vaya a tener otra.

A Berenice y a Pablo sí les digo "mis hermanos", aunque en realidad, no somos ni siquiera medio hermanos. El papá de ellos se fue con otra mujer cuando ellos eran muy chicos y casi nunca lo ven. Yo sé que somos hermanastros pero no me gusta llamarlos así porque esa es la palabra que usan para las hermanas de Cenicienta que son malvadas, y mis hermanos son buenos, sobre todo Berenice.

Así que ese sábado me fui a hacer pis al baño de los grandes y cuando salí, mi hermana todavía seguía en el baño principal. Le grité que me dejara entrar, que me dijera qué le pasaba hasta que la convencí. Ella salió llorando y me preguntó si sabía a qué hora iba a volver

su mamá. Yo le dije que al mediodía porque se habían ido a hacer las compras del mes y eso les llevaba mucho tiempo. Solo habían dejado una nota en la heladera diciendo que nos preparáramos el desayuno y que limpiáramos los vidrios de nuestra pieza que estaban llenos de calcomanías.

Mis hermanos tampoco estaban porque tenían campeonato de fútbol y se habían ido con un micro temprano a City Bell a un torneo intercolegial, así que hice el desayuno para las dos. Yo me hago el desayuno desde que tengo seis pero mi hermana Berenice, aunque ya cumplió nueve, depende para todo de su mamá. No se anima ni a prender la hornalla y mucho menos, a servir la leche caliente en la taza. Mi papá dice que es mejor que aprendamos hacer todo solos porque nunca sabemos cuando él nos puede faltar. Él es huérfano de padre y madre desde los 15 años y como nosotros también perdimos a nuestra mamá de chiquitos, siempre nos prepara para el día en que él se vaya a morir.

Tomamos Nesquick caliente. Aproveché que no había nadie para ponerle un montón de chocolate.

Mientras desayunábamos, Berenice se puso a llorar de nuevo. Ella no me quería contar lo que le pasaba, y eso que le insistí varias veces.

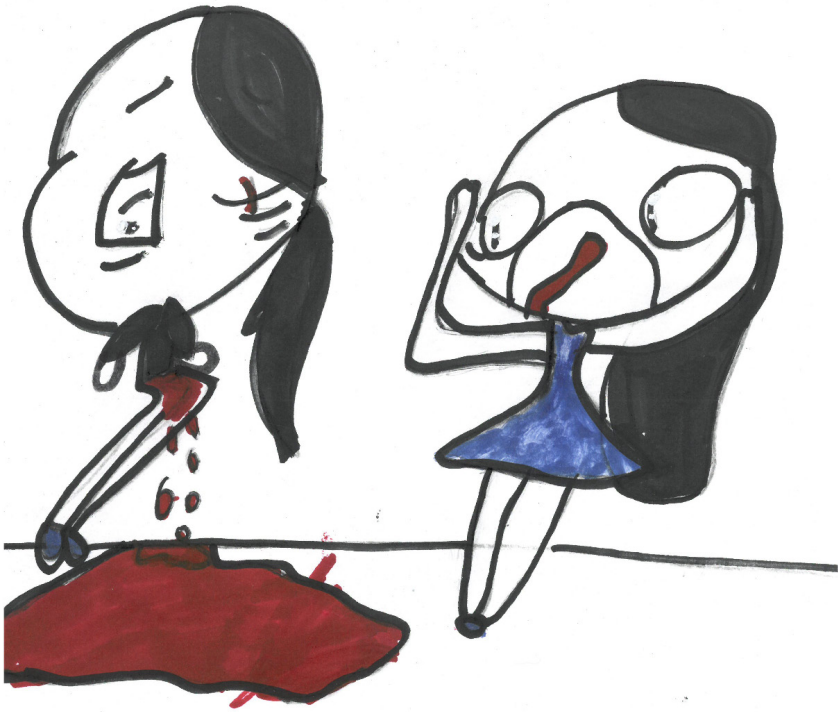
—Me bajó sangre de ahí —me dijo después de un rato y se señaló entre las piernas.

Yo me puse blanca del susto.

—¡Llamemos al doctor! —propuse.

Mi hermana quería que esperáramos a que volviera Mónica pero yo le dije que se pusiera un cinturón así la sangre no le bajaba tan rápido.

Imagínense lo estúpida que me siento de contar esto después de haber hecho el curso de primeros auxilios pero hasta ese momento yo solo había visto a gente hacer torniquetes en la televisión. Así que ese día



trabamos el cinturón en el cuarto agujerito, mucho más apretado de lo normal, y nos quedamos sentadas hasta que llegó su mamá y nos explicó qué era la mensturación. A los pocos días, nos compró los libros *¿De dónde venimos?* y *¿Qué me está pasando?*

Desde que los leímos, mi hermana y yo sabemos todo sobre nuestro cuerpo y el de los varones y eso que yo solo tengo diez años y mi hermana, nueve.

Carrie, la de la película, tenía como quince y no sabía lo que era la menstruación. Eso sí que es raro pero tampoco para que la maltraten. Creo que lo hacían porque les daba asco. A nadie le gusta ver sangre. Por algo está adentro del cuerpo.

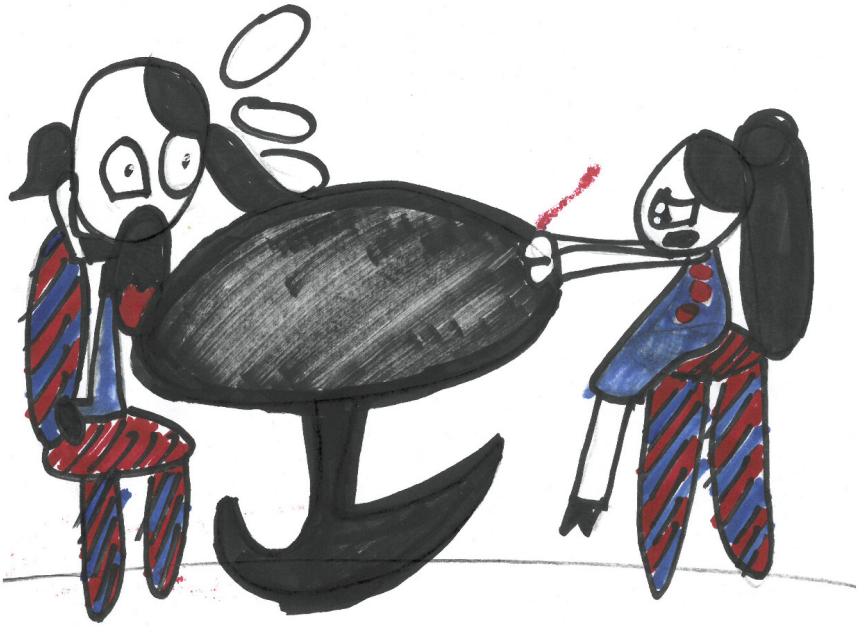
2.-¿UNA BUENA NOTICIA?

Este sábado, entonces, le hacemos caso a mi papá y nos levantamos temprano.

Después de desayunar, mi papá dice que hablemos con Mónica porque estuvo averiguando algo sobre un campamento. Mi hermana sonríe pero yo tengo la sensación de que eso puede ser algo malo para mí. No me quiero poner contenta sin saber de qué se trata.

—Este año les toca elegir si se quieren ir de viaje o prefieren participar en el festival de baile.

Yo trago saliva de la impresión que me causa que



mi papá diga eso. Está loco. Este año vamos a bailar el cancan que tiene un traje hermosísimo con siete polleras, una arriba de la otra. Y además, esta es la última vez que bailamos en el grupo minis y ya pasamos a juveniles, con las chicas más grandes que ya usan punta. Hace dos años y medio que hago ballet y desde el primer día sueño con usar zapatillas de punta.

Un comentario de Mónica me saca de mi mente.

—Las cosas están demasiado caras para que podamos pagarles todo y a nosotros nos pareció que este campamento estaba buenísimo.

—Pero yo quiero bailar en el festival, ¡bailamos el cancan! —alcanzo a decir antes de que la garganta se me cierre.

—No te estamos diciendo que no vas a bailar sino que lo consideres un poco, Nadia, no seas tan testaruda —me aclara mi papá, pero yo reconozco esa voz, yo sé que me está tratando de hacer sentir mal con mi decisión porque les parece una pavada que elija un festival de baile que dura una sola noche para hacer algo que no hago demasiado bien, y que a nadie le interesa ver. Me acuerdo de que el año pasado, yo misma me aburrí cuando pasaron todos los grupos de mini como angelitos de Giselle y los padres se paraban en los asientos para aplaudir y sacar fotos a sus hijas como si fueran bailarinas profesionales.

—Este campamento no es cualquier cosa —dice la esposa de mi papá. —Es un campamento en el que les enseñan muchas técnicas de supervivencia.

—¡Pero yo ya hice el curso de la Cruz Roja! —digo, empezando a enojarme.

—Sí, pero acá les enseñan otras cosas. Son complementarios —dice mi papá, siempre tan serio.

—Además son re divertidos. Yo fui un montón de veces desde que tenía la edad de ustedes hasta los 16 y se siguen haciendo porque son únicos.

—Pero estuvimos todo el año ensayando para el festival —la interrumpo yo —¿Qué le vamos a decir a Silvia?

—Silvia es una loca que cree que las mujeres no tenemos más que hacer que ponernos a coser lentejuelas y mostacillas. ¿A quién se le ocurre pedirte ocho trajes nuevos por año? —dice Mónica y sacude los rulos de su cabeza.

—Siete —la corrijo, mientras pienso que Silvia no es una loca. Lo que pasa es que no hizo una buena carrera como bailarina y entonces, se pone un poco exigente con el festival porque para ella es su vida.

—¡Pero entre vos y Berenice son catorce trajes! Es una locura. Pensar que con esa misma plata pueden conocer la montaña, los lagos, la nieve…

Escucho la palabra "nieve" y algo se derrite en mi corazón. Nunca vi ni toqué nieve. Me imagino que soy Heidi y bajo en trineo a toda velocidad por la montaña.

Berenice salta de la silla y grita: —Yo quiero el campamento, listo. No me importa el festival.

A mi hermana no le gusta complicarse la vida.

—Pero vos Berenice no vas a ir a Bariloche. Vas a ir a Sierra de la Ventana porque sos de las más chiquitas —aclara su mamá, y como mi hermana sí es como Heidi, que agradece todo, aplaude y se pone contenta. Yo, en cambio, siento un poquito de alegría porque voy a conocer la nieve antes que ella. Pero también un poco de culpa. Así soy. Buena y mala al mismo tiempo.

—Y vos, Nadia, vas a Bariloche pero no entrás en el grupo de tus hermanos. ¿O sí? A ver… —Mónica busca unos folletos en su cartera y lee con atención. —Uy, perdón, me equivoqué. Te toca en el grupo de Pablo porque es hasta los que tienen diez a marzo del 86 y como Pablo cumple once recién en mayo va con vos. Manu ya no, él está en el grupo sioux.

—¿En qué grupo?

Y ahí me entero de que en “la Iumen”, que es como se llama el club, a todos los chicos los organizan según edades en grupos a los que les ponen el nombre de tribus indígenas del norte de América. Mónica es profesora de inglés y nos explica que “Iumen” en realidad es Young Men Christian Association pero que en Argentina la gente pronuncia el inglés como le sale. Por eso quedó “la Iumen” y a esta altura, todo el mundo conoce el club por ese nombre.

Yo soy cherokee, como Pablo. Mi hermana Berenice es apache y Manu, sioux.

3.-VIAJE AL SUR

Salimos un sábado a la mañana Pablo, Manu y yo. Berenice se fue a Sierra de la Ventana dos días antes que nosotros. Mi papá y Mónica nos llevan hasta la puerta del club que queda en el centro de la ciudad. Hay dos micros grandes. Cada grupo tiene alrededor de veinte chicos. En el nuestro hay tres coordinadores. Pablo y yo no conocemos a nadie. Los otros hablan entre ellos como si fueran amigos y forman círculos cerrados y nos dan la espalda. A mí me resulta imposible meterme adentro de ninguno así que me mantengo todo el tiempo en una esquina esperando que nos suban al micro. Pablo se pone a hablar con un chico que tiene un walkman y una remera que dice "Los Ángeles Lakers" y al ratito se van muy lejos y los dejo de ver. Yo sé que esto va a ser así, que aunque Pablo es mi hermano y nos tocó estar en el mismo grupo, nunca vamos a estar juntos.

En la fila hay una chica negra. Me acerco a ella sin que lo note y escucho que alguien la llama Franca. Qué nombre más raro. Está contando que tiene una hermana que se fue a Sierra de la Ventana, como la mía. Seguro que ya son amigas porque mi hermana es muy sociable, no es tímida como yo. Me gustaría parecerme más a ella. Al lado de Franca hay una chica alta, la más alta de todas y parece muy callada también. Tiene un bolso enorme que se nota que le pesa demasiado pero en vez de dejarlo en la vereda, lo lleva colgando del brazo.

Antes de dejarnos subir al micro, los coordinadores se presentan: el primero se llama Alfredo. Tiene un bigote finito y el pelo negro y brillante. El segundo es Juanjo. Es flaco, tiene el pelo largo hasta los hombros y usa una vincha de elástico de color amarillo fluo. Parece divertido. La tercera coordinadora es Carolina. Tiene rulos, teñida. Habla muy bajito. Nos dice que es

bailarina y que es socia de la Iumen desde los ocho años. La miro con atención y me doy cuenta de que no miente. Se para recta, con los pies abiertos en la primera posición como todas las bailarinas. Alfredo nos dice que tiene tres hijos que ya hicieron el viaje que estamos por hacer. El único que no nos cuenta nada más de su vida es Juanjo.

Me siento con la alta porque hay un solo asiento libre. No me dice nada así que espero a que el micro arranque para hablarle. Escucho que una mujer grita "¡Lourdes!" y ella levanta las cejas. Es la conductora del colectivo y se acerca con un paquete en la mano. Los otros chicos la miran como si la conocieran pero no le prestan mucha atención y enseguida vuelven a lo que estaban haciendo.

—¿No querés poner eso acá arriba? —le pregunto y le señalo el portaequipajes con tapa que hay encima de cada par de asientos.

Ella levanta los hombros y me lo da. Después, me ayuda a empujarlo hasta el fondo porque es más alta que yo.

El micro sale y los padres corren hasta la esquina para despedirnos. Algunos lloran y se abrazan como si nos llevaran a un matadero. A lo mejor, eso es lo que está pasando y nos van a hacer desaparecer como en el flautista de Hamelin. Me pregunto si Mónica no será en realidad una madrastra maligna de esas que hacen cosas como convencer a sus esposos de que lo mejor es abandonar a sus hijos o meterlos en un internado, pero sé que no. Hay cosas que se saben o se sienten nomás.

Viajamos un montón de horas. La mayoría de los chicos se quedan dormidos, pero yo no y tampoco el que está en el asiento de adelante, en diagonal, el de la remera de "Los Angeles Lakers" que antes hablaba con mi hermano Pablo. Sigue escuchando música con sus auriculares. Me acuerdo de que este año, mi hermano



Manu pidió un walkman para su cumpleaños pero no se lo dejaron traer porque mi papá dice que se le puede romper. Pero ¿para qué tener un walkman si uno no lo puede llevar a un viaje de más de 24 horas? Creo que este chico debe tener unos padres muy jóvenes, de esos que te dejan hacer cualquier cosa. En un momento, se da vuelta, como si me escuchara y se sacude el flequillo de la cara para mirarme. Creo que es el chico más lindo que vi en mi vida. Tiene el corte taza y el pelo lacio.

No me dice nada. Al contrario, me pasa de largo, se acomoda otra vez en el asiento y se ajusta los auriculares.

Hay cada vez menos casas y lo único que se distingue en el camino son los postes de luz. ¿Cuántos habrá de acá a Bariloche? ¿Miles, millones? De fondo, se ven campos y plantaciones de girasol.

Me debo haber dormido un rato largo porque ni noté que el colectivo paró en la estación de servicio. Me di cuenta cuando Lourdes me pidió que la dejara pasar a su asiento de nuevo. ¿Por qué no me despertó para que yo bajara también? ¿Me habrán dejado encerrada en el micro todo el tiempo que estuvieron parados? Me parece que en este viaje nadie nos va a estar cuidando y cada uno se tiene que arreglar como pueda.

Pasamos por una iglesia enorme. Lourdes se hace la señal de la cruz con los ojos cerrados y se besa la virgencita que tiene colgada. Nadie más hace eso aunque este sea un club cristiano. Eso me hace pensar en un comentario que le hizo Mónica a mi papá estos días. Ella decía que la Iumen no era solo para cristianos porque también había ateos y judíos.

Yo solo conozco a dos chicas judías: una, de mi escuela y otra, de baile. La esposa de mi papá dice que, a diferencia de los cristianos, los judíos no festejan Navidad y que la Pascua para ellos tiene otro sentido. Aunque antes de ir a catecismo para mí, Pascuas era

solo comer huevos de chocolate, pero este año, en las clases, me dijeron que Cristo era un cordero y se había sacrificado por nosotros y que esa era la razón por la que los cristianos la celebraban y me hicieron dibujarlo en la cruz todo cubierto de sangre.

—¿Vos no te persignás? —me pregunta Lourdes y me da chuchos de frío porque siento que me está leyendo la mente. Muevo la cabeza de un lado a otro, sin estar muy segura de nada.

—¿Sos católica?

—Más o menos.

—¿Por qué más o menos?

—Porque a mi papá no le gusta.

—¿Y por qué no le gusta?

—Porque es ateo.

—Mi mamá dice que los ateos no tienen alma.

Yo no creo que mi papá no tenga alma pero tampoco me animo a discutirle.

—¿Tu mamá es la que maneja el colectivo?

Lourdes dice que sí con la cabeza.

—Ah ¿Y tenés hermanos?

La cara de Lourdes se transforma de una manera que hace que le pierda completamente el miedo que me había dado un segundo antes. No dice nada y se inclina contra la ventanilla. Yo no me animo a preguntarle de nuevo así que me acuesto a dormir.

Cuando vuelvo a abrir los ojos solo escucho la voz de la conductora que anuncia:

—Piedra del Águila.

Los coordinadores aplauden y algunos chicos también y yo no entiendo qué puede tener de especial un lugar tan chiquito y solitario como ese.

—Acá paramos a desayunar —me dice Lourdes. —Yo ya vine el año pasado.

—¿Y por qué aplauden?

—Porque estamos muy cerca —me contesta y me

pide que la deje pasar en vez de esperar a que salga yo primero. Yo me quedo con las ganas de preguntarle por qué es tan rara.

Cuando bajo, estoy sola otra vez. Manu debe estar con los de su grupo y Pablo, ni se debe acordar de que vine con él.

No me traje plata de más para este desayuno. No sé en qué estaban pensando mi papá y su esposa que no nos dijeron nada de esta parada. Creo que este campamento va a ser horrible. No entiendo cómo se me ocurrió abandonar baile por un estúpido viaje. Una mano me toca el hombro y alguien me dice, por primera vez con tono amable: —Hola.



4.-IVONNE

Cuando me doy vuelta, veo a una chica idéntica al del buzo de los Angeles Lakers y del walkman.

—Yo me llamo Ivonne, ¿y vos? —me dice con una sonrisa. No me salen las palabras. Parece una chica de revista. Es rubia y de ojos celestes y huele mucho a suavizante para ropa, como algunas de mis compañeras de danza. Tardo un rato en responder y le contesto con voz tan bajita que es lo mismo que si no hubiera dicho nada. No sé por qué soy así. Adentro de mi cabeza soy muy inteligente pero cuando tengo que hablarles a los demás soy la más tonta del planeta.

—¿Cómo? —me pregunta.

—Nadia.

—Ah, tu hermano y mi hermano se están haciendo amigos—me dice y siento un retortijón en la panza porque quiere decir que ella ya me vio antes y vio con quién vine y con quién se fue mi hermano. O sea que no soy un fantasma.

—En el grupo sioux —me aclara y entonces me confunde. Yo pensaba que hablaba del chico rubio, su hermano, y Pablo, el mío. Pero me señala un chico morocho y gordito, que hace fila en el grupo del otro micro, junto a mi hermano Manu. ¡Qué confusión!

—Vos y yo somos las únicas que pasamos a quinto. Todos los demás pasan a sexto. Pero yo tengo once, porque nací en Estados Unidos y perdí un año cuando vinimos a Argentina. ¿Querés que estemos juntas en la pieza?

No puedo creer que me esté pidiendo eso a mí, justo ella, que podría elegir a cualquiera. Antes de contestarle, pienso en Lourdes.

—¿Puede estar con nosotras en la pieza la chica que se sentó conmigo?

—Los cuartos tienen cuatro camas. Si viene ella

todavía nos falta una.

—¿Vos sos nueva acá? ¿Nunca viniste? —le pregunto.

—Vengo a la colonia desde que tengo cinco.

—Ah.

Ahora entiendo menos por qué quiere dormir en el mismo cuarto que yo.

—Le digo a Franca que venga a nuestro cuarto así ya somos cuatro. No le digas a nadie más, ¿eh?

Sale corriendo atrás de un grupito de chicas que hacen cola en la puerta del baño. Yo también me estoy haciendo pis pero prefiero esperar hasta que subamos al micro. No quiero que piense que la estoy siguiendo.

Nos sirven la entrada, que es una ensalada rusa sin arvejas y una rodaja de pastel de carne en gelatina. Me como solo las papas y dejo el resto. Franca, que no para de hacer muecas graciosas, se sienta enfrente de mí. Cuando traen la comida principal, que es una especie de puré con albóndigas, alguien dice que seguramente la hicieron con las sobras de la ensalada y el pastel y Franca pone el plato debajo de la mesa diciendo: —¡Comida para gatos!

Chicos y coordinadores se empiezan a reír a carcajadas. Todo lo que hace Franca es gracioso y creo que no debe haber ninguno al que no le caiga bien. Me gustaría ser su amiga pero no creo que ella quiera estar con alguien tan aburrido como yo. Espero que Ivonne la convenza de dormir en nuestro cuarto.

5.-COLONIA SUIZA

Llegamos a Bariloche a las cinco de la tarde y los coordinadores nos dicen que eso que vemos es el Centro Cívico pero que nosotros nos vamos a quedar en Colonia Suiza, una zona más descampada al pie del cerro López.

Esto sí que es un pueblo de montaña tal como me lo imaginaba. ¿Por qué con mi familia vivimos en una ciudad tan fea si existe este lugar? Las casitas tienen el techo a dos aguas para que caiga la nieve y están hechas de troncos y piedra. Hay árboles enormes por todos lados y se respira el olor a madera desde el micro. El lago es tan enorme que parece un mar tan tranquilo y tan azul que se confunde con el cielo.

Cruzamos el arroyo Goye y por fin estamos en Colonia Suiza.

—Esto es YMCA-LIHUE —dice Alfredo, el coordinador —Que significa "vida" en mapuche. Así que supongo, todo junto es como decir "la vida en la Iumen" o "estilo de vida de Iumen". Acá vamos a pasar los próximos doce días, así que vayan prestando atención a cómo se organiza el lugar para no perderse.

Ivonne me busca apenas le dan su mochila.

—Ella es Lourdes —le digo para presentarlas.

—Ya la conozco. Es la hija de la conductora.

Se saludan y nos vamos juntas a la habitación. Carolina nos pregunta si ya nos dieron la llave e Ivonne dice que sí con la cabeza. Miro a Lourdes sorprendida porque no me acuerdo de que eso haya pasado pero no me da bolilla.

—Se la pedí a Alfredo —nos aclara al ratito.

Actúa como una persona grande.

—¿Vos ya viniste acá?

Ivonne dice que sí. —Pero vine con mi mamá y mi papá, el año pasado. Ella también estaba —y señala a

Lourdes. —Se puede venir con los padres también, pero no en la misma época de los campamentos. Yo estaba con mi hermano en la habitación doce, por eso pedí la misma —nos guiña un ojo y hace una pausa. —Con mi hermano dejamos un mensaje para el futuro.

—¿Y Franca? —le pregunto. —¿No iba a estar con nosotras en la misma habitación?

—No quiso.

Hubiera preferido que nuestro grupo sea más grande pero también me gusta que Ivonne no la prefiera a Franca. No creo que con Lourdes se vaya a llevar bien pero yo me senté en el micro con ella así que tampoco la voy a dejar de lado. Además, a lo mejor Ivonne se aburre de mí y se cambia de cuarto. ¿Se habrá peleado con las otras? Las chicas lindas nunca se hacen mis amigas. Siempre se juntan entre ellas y hacen a un lado a las que son feas o gordas o tímidas como Lourdes y yo. En mi escuela no es tan así porque no hay chicas como Ivonne, y somos todas más o menos parecidas pero en la clase de baile sí que es así.

6.-YMCA-LIHUE

Los coordinadores entran en los cuartos y nos dicen que desarmemos las mochilas y que después vayamos al comedor. Yo tengo miedo de perderme y le pido a Lourdes que por favor, me espere si termina antes. Ivonne dice que es imposible perderse en YMCA-LIHUE porque es muy chiquito, pero ella no sabe lo poco orientada que soy. Mi papá y Mónica siempre me lo están diciendo, que voy papando moscas, que soy despistada y cosas así. Y tienen razón porque soy la única de mis hermanos que se perdió en la playa.

Entramos al comedor. Es un lugar muy lindo. Los pisos están hechos con árboles cortados en rebanadas. Es como la casita de un duende. Desde la cocina llega olor a guiso.

Ivonne me pide que me siente al lado de ella. Le dice a Lourdes que se ponga enfrente y ella le hace caso. No me gusta que todos tengamos que obedecerle pero igual lo hago.

Ivonne nos cuenta que es adoptada, que su papá era diplomático y que viajaban mucho. Su mamá no podía tener hijos, por eso adoptó dos. El primero, su hermano, no es norteamericano sino de acá. Cuando se mudaron a Estados Unidos la adoptaron a ella de bebita.

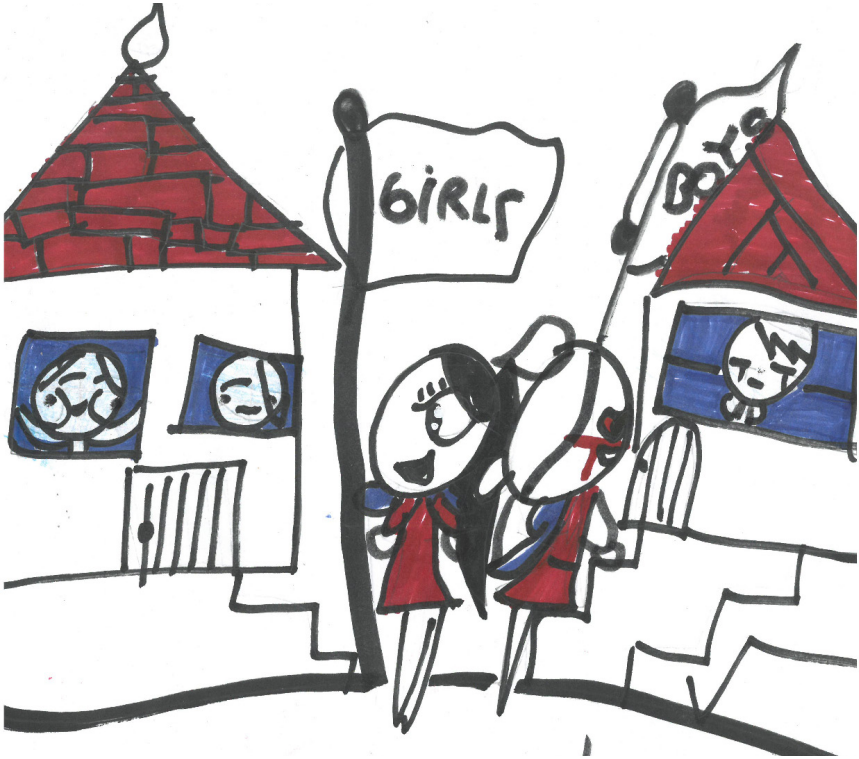
Ella dice que no le importa que su mamá no sea la que la tuvo en la panza porque igual, madre es la que te cría. Siento que sus palabras me hacen doler, como si un león me comiera por dentro. Mi mamá es Ema, la que me tuvo en la panza, la que me dio la vida, la que comparte mi sangre, no importa quien me críe. Creo que por eso se dice “sangre de mi sangre”. Mi papá también dice que la sangre es más espesa que la tinta, que es un refrán que significa que no hay nada más confiable que tu familia directa. Y tu familia directa es tu familia de sangre. Pero no comento nada.

—Yo no conozco a mi papá —dice Lourdes de repente, como si recién se despertara. —Nos abandonó cuando yo nací y nunca más volvió. Mi mamá se enteró de que tiene un hijo con otra mujer de la misma edad que yo, o sea que tengo un hermano. No veo la hora de cumplir 18 para conocerlo. Mi papá no me importa, pero mi hermano no tiene la culpa de nada.

Yo me quedo un rato callada pensando en sus historias y después de un rato largo, me animo a contar la mía.

—Mi mamá murió hace cinco años en un accidente de auto. Mi papá se volvió a casar con una mujer que ya tenía dos hijos. Por eso, ahora somos cuatro hermanos.

—¡Qué historias tenemos! —dice Ivonne y nos agarra de las manos con fuerza. Creo que nos vamos a hacer muy amigas las tres.



7.-CERRO CATEDRAL

A la mañana siguiente, los coordinadores nos cuentan que vamos a ir al Cerro Catedral, que es el más visitado de Bariloche y que además, tiene nieves eternas, o sea que en verano no se derriten. Nos aclaran que quizá no veamos nieve porque no llegaremos tan alto pero igual, mi corazón empieza a latir más rápido. Lourdes se sienta conmigo pero ni siquiera me mira. Me parece la chica más rara del mundo. Anoche nos contamos cosas importantes y hoy, ni me habla.

Cuando llegamos, nos bajamos un poco desilusionados. No hay nieve por ningún lado, excepto en los picos de las montañas, que son como capuchas blancas. Las laderas están cubiertas de pinos que forman franjas de colores. Ojalá podamos ir al bosque. Siempre quise ir a uno, con árboles gigantes de esos que parecen de la prehistoria.

Ivonne está pegada al chico del walkman, como si fueran amigos desde siempre. Tampoco me da mucha bolilla. Supongo que las cosas se vuelven normales muy rápido y ya me va a dejar de hablar.

Carolina, la coordinadora, llega corriendo agitada y nos dice que encontró un camino de nieve del otro lado del restaurante y que se puede hacer culipatín. Todos los nenes salimos corriendo contentos aunque no entiendo qué quiere decir. Cuando llegamos, vemos un manto de nieve con forma de lengua. Unos chicos suben un tramo y se tiran como si fuera un tobogán. A mí me da un poco de vergüenza que se me moje la cola pero Lourdes me convence y nos tiramos en trencito. A veces, Lourdes me sorprende porque en algunas cosas es mucho menos vergonzosa que yo.

Cuando bajamos, hacemos un muñeco. Le ponemos los anteojos de Carolina y una bufanda, guantes y gorro. Nos falta la nariz y como no tenemos zanahoria, usamos

una piedra que encontramos en un piloncito que nos explican que se llama "pirca". Nuestro muñeco quedó espectacular, yo creo que aunque le saque fotos, me va a dar mucha pena tener que desnudarlo para volver al campamento.

A la mañana siguiente, tenemos una charla con Juanjo, el coordinador de pelo largo. Lourdes fue la que me contó que acá les dicen "charlas motivacionales" a estas reuniones y que siempre las hacen en el campamento porque este es un club cristiano en el que también se enseñan valores. Es una charla hermosa. Nos cuenta un capítulo del libro sagrado de los mayas, que se llama "Popolvú". Se supone que los hombres antes de ser como son ahora fueron de barro y de madera y uno de esos modelos fue destruido por los dioses porque veía demasiado y en cambio, el otro fue castigado por las mismas cosas por el mal trato que los hombres les daban. Los animales, las ollas, las herramientas, todos se rebelaron contra los hombres. ¡Qué historia más increíble! Se me hacía raro meterme una cuchara en la boca después de ese relato. ¿Y si cobraba vida a la noche y se me clavaba en la garganta por meterla en un líquido tan caliente?

Finalmente, nos aclara Juanjo, los dioses pudieron formar a los hombres tal como somos ahora, o sea, de carne y hueso y como tenemos sangre y corazón, podemos hacer tanto cosas malas como buenas. El corazón nos sirve para diferenciarlas.

Juanjo es mi coordinador favorito.

Cuando terminó su charla, nos dijo que todas las religiones buscan responder las mismas cosas que son básicamente: ¿por qué vivimos y por qué morimos? Yo pensé en *¿De dónde venimos?* pero no me animé a comentarlo enfrente de todos. Si hoy fuera mi cumpleaños y pudiera pedir un deseo, pediría dejar de ser tan tímida.

8.-AL LAGO

Después de la charla, vamos al lago Nahuel Huapi, en donde se dice que hay un monstruo que se llama Nahuelito. La playa del lago no es como la del mar. No hay arena sino piedritas o conchitas de caracol picadas que hacen doler las plantas de los pies si uno camina descalzo. Me meto en el agua con los pantalones arremangados. Lourdes me obliga a quedarme quieta en el lugar. Creo que lo hace, como siempre, porque es rara. Nadie más es mi amigo en este campamento por eso no quiero pelearme con ella, aunque a veces me den ganas de decirle que está medio loca. Bueno, también está Ivonne, pero ella va y viene, no es una amiga muy fiel. Es más que obvio que está enamorada del chico del walkman y por eso lo persigue y nos deja de lado. Ayer me enteré de que se llama Ignacio.

Cuando se me congelan los dedos de los pies, amago con salir, pero Lourdes me retiene un poco más. La tironeo y me desprendo de ella y hago de cuenta que lo que quiero es chapotear. Ella cree que le estoy jugando una carrera y se pone a correr a toda velocidad hacia la orilla y como es de esperar, me gana sin esfuerzo. Camino hacia donde está Carolina, que toma sol sobre el manto de conchillas como una sirena. Está prácticamente desnuda porque se desabrochó el corpiño de la bikini para que no se le marque la línea y además, tiene una bombacha cola less. Lourdes se me pone enfrente para que no la mire, me dice que eso es pecado y me tapa los ojos con la mano abierta. La empujo para sacármela de encima y busco a Ivonne. Es la primera vez que la encuentro sola y me recibe con una sonrisa.

Ivonne me hace caer en la arena y siento cosquillas en todo el cuerpo. Me abraza y me da un beso y me dice que la perdone por no haber estado conmigo en todo el

día pero que Ignacio le pidió que fuera su novia y que ella lo aceptó.

Siento celos pero no sé de quién.

9.-JUEGOS NOCTURNOS

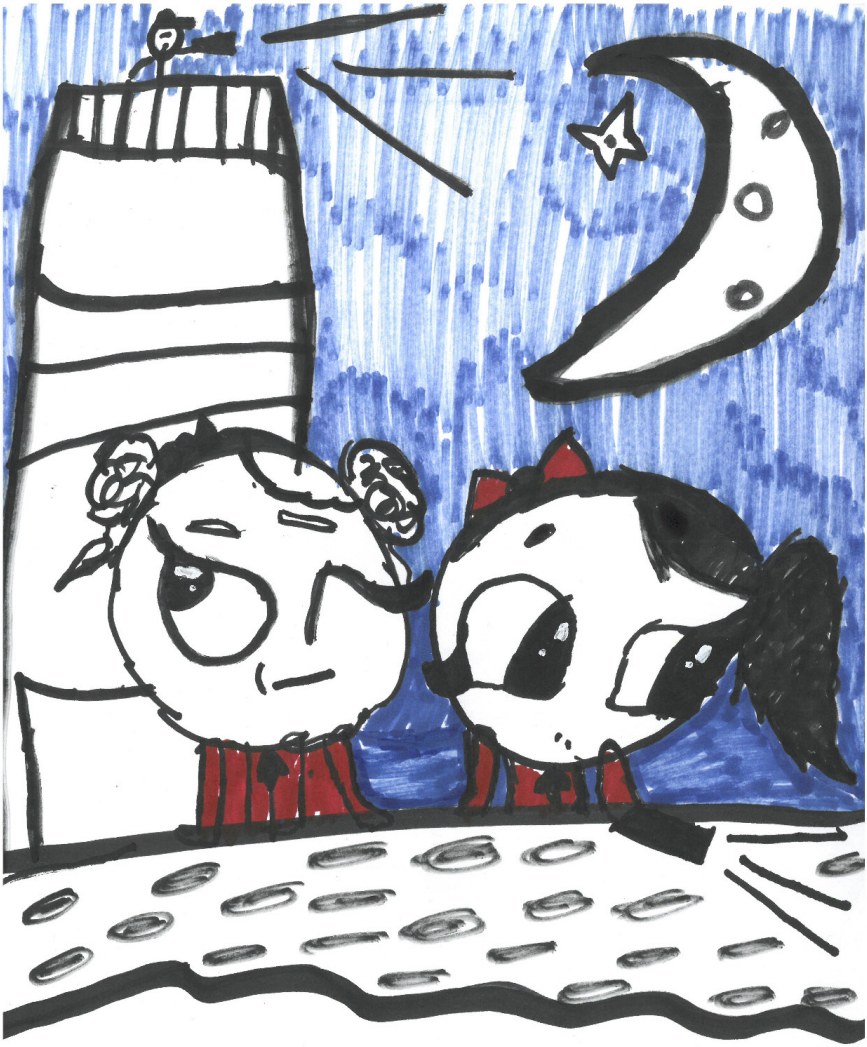
Hoy es el día de nuestro primer juego nocturno. Juanjo y Carolina nos explican el reglamento. Nos dicen que tenemos que hacer de cuenta que del lado sur hay una cárcel de extrema seguridad y que nosotros somos prisioneros ahí. Ellos van a ser los guardias y van a estar en unas torres de control apuntando con las linternas hacia abajo para descubrir a los que intentan escapar. El objetivo del juego es pasar del otro lado de la línea que forman dos árboles sin que ellos nos reconozcan por nuestros nombres.

Yo odio este tipo de juegos porque siempre pierdo pero seguro que ninguno de los coordinadores se acuerda de mi nombre así que ahí tengo una chance de ganar. Nos obligan a formar equipos de a cinco o seis pero no nos dejan elegir. Me toca con Franca y otras dos chicas con las que nunca hablé. Se llaman Rebeca y Verónica.

Nos ponemos las cuatro en una esquina, panza abajo. Rebeca sugiere que Verónica y yo vayamos primero porque como van a perder tiempo tratando de acordarse nuestros nombres, les vamos a dar margen a ella y a Franca para llegar del otro lado antes. Verónica dice que no porque ella corre muy rápido, así que me manda a mí con Rebeca, pero ella no quiere separarse de Franca así que deciden que voy yo sola adelante y las otras tres atrás. Y ahí empiezan a cruzar un montón de chicos hacia el otro lado y nos perdemos la una de la otra. Se hace un lío general. Unos gritan que están liberados y los coordinadores dicen los que quedan afuera a medida que reconocen a cada uno que cruza. Escucho los nombres de Rebeca y Franca así que me doy cuenta de que ninguna respetó el plan que supuestamente me mandaron a realizar. No sé ni para qué armamos grupo.

El coordinador dice que faltan pocos, que deben quedar tres o cuatro nomás y que nos apuremos a cruzar porque ya se hizo tarde….

—Ya está, ya nos descubrieron, entreguémonos —me dice Verónica y yo estoy a punto de darle la razón cuando se me ocurre una idea para lograr que al menos una de las dos llegue al otro lado: — Cambiemos las camperas —digo.



—¿Para qué?

—Así nos confunden y nos llaman a cada una por el nombre de la otra.

—Igual, seguro que tu nombre no lo saben —me dice ella, y se mueve el pelo hacia el otro lado, como hace Rebeca.

No sé cómo la convenzo de que es un buen plan y ella acepta el intercambio de camperas. Se manda a toda velocidad sin avisarme y escucho a Juanjo que grita.

—¡Nadia, Nadia!

Por supuesto que Juanjo sabía mi nombre. Me siento feliz, aunque vayamos a perder. Verónica sigue corriendo hasta el otro lado del cerco y canta: —¡Liberada!

Cuando yo estoy por llegar, Carolina me apunta con la linterna.

—¡Campera rosa de Verónica!

Yo la ignoro y cruzo hasta el otro lado y cuando grito que estoy liberada todos se dan cuenta de lo que hicimos.

—¡Se cambiaron las camperas! —dice Juanjo y aplaude con ganas. Se ríe como loco también, como si no lo pudiera creer.

Verónica se apura a gritar que fue su idea y que deberíamos ganar. Carolina dice que eso es trampa y que el puesto de ganador queda vacante. Juanjo baja de un salto de la torre y felicita a Verónica. Me da una bronca terrible, pero ya estoy acostumbrada a que me pasen estas cosas.

10.-INMIGRANTES

Al día siguiente, nos llevan a comprar chocolates a un lugar que se llama La Abuela Goye.

Verónica me persigue por todos lados pero yo no le doy mucha bolilla. Las dos sabemos que no estuvo bien lo que hizo. A la noche, me sigue molestando pero nunca me pide perdón así que me siento con la seguridad suficiente como para ignorarla.

La abuela Goye nos cuenta que toda su familia llegó a nuestro país con una mano atrás y otra adelante, escapando de la guerra y que Argentina los recibió como nunca habían soñado y que nuestro país es rico y hermoso y que nunca deberíamos olvidar eso.

Carolina aprovecha y cuenta que ella también es nieta de inmigrantes y que la mayoría de los chicos de acá tienen en su familia a algún inmigrante. Yo también, de parte de padre, porque mi abuela de madre es india toba, pero no sé mucho de eso porque ella lo escondió como un secreto. Pero yo soy igualita a mi abuela, por eso, cuando le mandé una foto de mi último cumpleaños, ella dijo que era la sangre, que la sangre no se podía ocultar. Y mi papá piensa lo mismo, por eso se sabe de memoria los nombres de todos sus ancestros hasta ocho generaciones para atrás.

Verónica levanta la mano y cuenta que ella también es descendiente de gallegos y se pone a cantar una canción en gallego o algo así. Me cae cada vez peor, siempre quiere llamar la atención con cualquier pavada. Es más, estoy segura de que eso ni debe ser gallego. Le cuento a Lourdes que en la clase de baile me hicieron aprender la muñeira, una danza gallega, y Carolina me escucha y tiene la pésima idea de contárselo a todos.

Verónica lo festeja y dice que bailemos, que lo hagamos juntas. Yo me pongo azul, verde, violeta y la quiero hacer callarse de una vez pero es tarde porque

todos están aplaudiendo mi nombre y el de ella y cantando "¡que bailen, que bailen!"

Digo que sí pero en realidad, empiezo a pensar cómo escaparme de ahí y no tener que bailar enfrente de todos algo tan aburrido como la muñeira. Creo que me voy a hacer la enferma.

A la noche, les digo a Lourdes y a Ivonne que me siento muy mal y voy al baño a cada rato como si vomitara.

Carolina me viene a buscar para que practiquemos la coreografía que preparó Verónica. Dice que es muy simple, como si a mí me importara eso. Además me empiezo a sentir mal de verdad y tengo chuchos de frío. No sé si es que los nervios funcionan así o uno decide que va a tener fiebre y punto.

Ella me apoya la mano en la frente y dice que sí, que tengo un poquito de fiebre. Entra una enfermera que me revisa y me da aspirinetas y me receta reposo por un día. Me las tomo y ella y Carolina sonríen. Antes de irse, Carolina me da un beso en la frente y me dice que no ve la hora de que me anime a volar. Yo me quedo un rato largo pensando en sus palabras. Cierro los ojos tratando de soñar que soy un pájaro.

11.-CAMPAMENTO VOLANTE

Me levanto sin fiebre, totalmente recuperada. En el desayuno, los coordinadores anuncian que vamos a hacer un campamento volante. No sé bien qué significa pero nos dejan una lista de las cosas que tenemos que meter en nuestra mochila de emergencia. Llevamos también el aislante y la bolsa de dormir, o sea que es un campamento de verdad.

Empezamos a subir el cerro. Los coordinadores nos explican que tenemos que seguir siempre el camino y las marcas rojas en los árboles. Y si nos perdemos, buscar la pendiente hacia abajo hasta llegar a la ruta y preguntar por Colonia Suiza y de ahí, localizar YMCA—LIHUE, nuestro complejo. ¡Pero no pienso perderme en el bosque! Sé que para eso tengo que estar concentrada en cada paso que doy y no dejar que mi mente se vaya para cualquier lado.

—Por acá hay pumas —me dice Lourdes al oído.

Empiezo a temblar. ¿Por qué me dice estas cosas? ¿Solo porque es rara o porque es malvada? A lo mejor, solo me lo dice porque es verdad.

—El año pasado, los incendios llegaron tan lejos que los pumas tuvieron que bajar hasta donde están los refugios y los rebaños de ovejas para comer. Y se veían pumas por los caminos que vamos a hacer ahora.

—No te creo —le grito. —Lo decís para asustarme.

—Me lo dijo mi mamá. Preguntale a los coordinadores si no me creés.

—¿Y qué pasa si vemos a uno? —Apenas me queda aire para terminar la frase.

—Tenés que mirarlo a los ojos y no darle la espalda. Y levantar los brazos para parecer más grande o unirte a otra persona, porque él no sabe que no son un solo animal. Y nunca salir corriendo porque entonces despertás su instinto de caza.

Entonces me doy cuenta de que si algo malo va a suceder, prefiero estar cerca de ella antes que de cualquier otra chica o chico del grupo.

Me agarra de la mano y caminamos un tramo largo sin soltarnos. Le comparto agua de mi cantimplora porque ella se olvidó de llenar la suya. Me encanta sentirme útil porque por lo general, soy una inútil. No sé hacer nada de nada, soy todo lo contrario a mis hermanos, que cortan el pasto y prenden el fuego del asado.

Arrancamos hacia Laguna Negra bien temprano de mañana. Los coordinadores nos dicen que vamos a subir en dos tramos. Esta noche, nos toca acampar en el medio del camino. Y mañana, vamos a subir la parte que nos falta hasta llegar al refugio que está frente a la Laguna Negra. Los que se animen podrán caminar hasta el filo pero para eso es necesario no tener vértigo.

El camino, nos explican, va ladeando el arroyo Goye que nace en la Laguna Negra.

Caminamos y a medida que subimos vemos cómo cambia el paisaje. Juanjo nos explica que la vegetación se adapta a la mayor sequedad y altura: cuanto más alto llegamos, más bajos son los árboles.

Cruzamos el arroyo y nos encontramos con mallines, que son como pantanos playitos, y bosques todavía muy altos. Los caminos están señalizados con marcas rojas sobre las cortezas de los árboles. Juanjo nos cuenta que eso que estamos haciendo se llama senderismo, que es la actividad de caminar por la montaña. Cuando la gente lo hace, los primeros van trazando el camino y a medida que avanzan, dejan esas marcas para que otros caminantes puedan llegar hasta la cima. Los antiguos pobladores hacían pircas y muchos las siguen haciendo. Son las señales con piedras que vimos en el cerro Catedral el día que hicimos culipatín. Los caminantes debemos llevar nuestras bolsas para

recolectar los residuos y traerlas de vuelta a la base cuando hayamos terminado nuestra caminata. No hay que cortar nada ni sacar nada de los bosques.

Carolina nos cuenta que el final del camino se llama "caracol" porque tiene 17 vueltas en subida. Todos exclamamos asombrados porque nos parece una barbaridad pero ella dice que es un camino para toda la familia y que no nos asustemos porque lo vamos a hacer con todas las pausas necesarias.

Después de unas horas de andar, entramos en el valle, que es una zona más plana.

—Alto —grita Juanjo. —Dejen sus mochilas en esa esquina. Vamos a armar el refugio acá para pasar esta noche, con ramas, piedras y nuestros toldos de nylon y sogas.

Soy la primera en vaciar mi mochila y separar mi nylon y mi soga y en ponerlos entre las cosas de todos. Juanjo me acaricia la cabeza y se queda mirándome con una sonrisa después de que dejo todo en el piso.

—¿Quién se ofrece para juntar leña? —pregunta Carolina.

Ignacio lavanta la mano y a él lo siguen mi hermano Pablo y sus otros compañeros de cuarto. Carolina les indica que sigan el camino que bordea el cerro.

Alfredo organiza grupos con el resto de los chicos y nos asigna actividades. A mí me toca juntar los cubiertos, platos y ollas para la comida, aunque no tengo idea de qué vamos a almorzar y yo al menos, ya me estoy muriendo de hambre. Pido uno a uno los cacharros que teníamos que traer: un plato hondo, uno playo, una taza, cuchillo y tenedor. Será porque de esta manera es más fácil servir y repartir, no importa a quién le toque cada cosa.

A otro grupo lo mandan a armar el refugio para pasar la noche. Yo le pido a Carolina si me puedo pasar a ese equipo porque me gusta aprender cosas nuevas

y la verdad que lo de buscar platos es muy aburrido pero ella me dice que todo es útil y que me sume recién cuando haya terminado mi tarea. Así que una vez que apilo todos los platos y ordeno los cubiertos, me voy con ellos.

Armamos una estructura con ramas altas formando una A y un tirante pasador de lado a lado sobre el que hacemos caer un nylon aislante. Lo atamos y ajustamos en las puntas y dejamos unas pequeñas solapas en los lados. Sobre el nylon, ponemos ramas pesadas muy cargadas de hojas que nos protegerán del frio y también de la lluvia. La estructura es abierta de frente, pero a la noche, vamos a colgar unas mantas para taparla. No es algo muy sólido, por eso es que le llaman refugio volante.

A otro grupo lo hacen cargo de mantener el fuego prendido a la noche, bajo la supervisión de Alfredo. Él explica que es muy importante para ahuyentar a los animales y para darnos calor porque en la montaña la temperatura baja mucho cuando se va el sol, incluso en verano. De todos modos, vamos a dormir juntos y en bolsas térmicas.

Lourdes siguió al grupo de los leñadores. No puedo creer lo que veo: Juanjo tiene un hacha en la mano y se la pasa a ella y le explica cómo tiene que golpear las ramas para que el golpe sirva y no sea energía malgastada. ¡Y ella lo hace bien desde el primer momento! Es una genia. Ahora es Ignacio el que la mira con ojos alucinados. Ni siquiera creo que a Ivonne la mire de esa manera y eso que está enamorado de ella, pero creo que si tuviera que elegir, preferiría que me mirara como la está mirando ahora a Lourdes.

Carolina viene hacia donde estamos las cocineras y nos dice que llenemos las ollas de agua.

—¿Adónde? —le pregunto. Y en ese momento llega Verónica al trote con una olla que rebalsa agua por

todos lados.

—Hay que bajar hasta el arroyo —me dice solo a mí, como si me quisiera revelar algún secreto, y entonces, miro al resto y digo en la voz más alta que puedo.

—Vamos al arroyo.

Verónica se me queda mirando como si la hubiera traicionado. Y eso es lo que hice. No quiero ser su amiga y nunca lo voy ser.

Ivonne se une al grupo de refugieros que ahora, atamos los nylons del techo entre sí. Me doy cuenta de que aunque le hubiera gustado quedarse en el grupo con Ignacio, no tiene la fuerza de Lourdes para estar en el equipo de leñadores. A lo mejor le da miedo. Yo tampoco me animaría a usar un hacha.

Los leñadores traen la madera para la fogata. Carolina nos aclara que aunque no seamos del grupo de serenos, todos vamos a aprender a hacer un fuego.

Empieza por separar los leños de la yesca; la arma, enciende la yesca y sopla la llama para hacerla crecer. Cuando los leños se prendieron también, le pone encima una parrilla. Los cocineros ponen encima una olla y le vacían adentro, un montón de cajitas de pomodoro. Le ponen orégano, pimentón, ajo y cebolla disecada, sal y pimienta y la tapan.

—Se le puede poner un poco de azúcar —digo por lo bajo a Carolina y ella me responde que le parece una buena idea y que no sabía que yo fuera cocinera, además de estratega de juegos. O sea que ella sabe que fui yo la del cambio de camperas y no Verónica. Me gustaría preguntarle cómo lo sabe pero no me animo.

Después de que la salsa toma cuerpo, los cocineros ponen una olla con agua y cuando rompe el hervor, los fideos.

Arrancamos a almorzar recién a las cuatro de la tarde. Hace siete horas que salimos de YMCA-LIHUE.

Después de lavar los platos, jugamos a las cartas y Juanjo cuenta historias de terror hasta que nos quedamos dormidos.

Al despertar, ya hace frío y hay que empezar a preparar la cena. Comemos pizza que cocina Alfredo con la técnica mapuche del curanto. Él nos explica que se le dice así a la forma de cocinar bajo la tierra con piedras. Y cenamos la cosa más deliciosa que comí en mi vida: pizza de vegetales ahumados.

Antes de dormirnos hasta el otro día, Alfredo nos hace pensar en lo suertudo que somos por tener una familia, una casa donde vivir y un plato caliente. Nos dice que los hombres solo necesitamos eso: comida, refugio y amor y que hacer este campamento, que ellos llaman volante, es una forma de aprender algo de cómo vivían nuestros ancestros, que salían a buscar su comida cada día en la sabana o en los ríos, improvisando refugios o tolderías para descansar.

Recién cuando todos hacen silencio y yo cierro los ojos, escucho el sonido del bosque con todos sus insectos, el crepitar de la madera muerta y ese silbido tenebroso que es el viento entre las hojas.

12.-HACHAZO

A la mañana siguiente, nos levantamos temprano pero Carolina dice que es tarde porque los leñadores se habían levantado una hora antes para prender el fuego del desayuno. La leña del día anterior se consumió con las dos comidas y la fogata que mantuvimos prendida hasta la madrugada. Me hace pensar en algo que diría mi papá.

Pablo, Ignacio, Lourdes y otro chico que se llama Nicolás se acercan con varios troncos y ramas. Lourdes pone los troncos contra otro más grande y agarra el hacha con la que los va a cortar. Ignacio deja su pila en el suelo y yo me pongo las zapatillas. Todavía tengo mucho sueño. Me voy con Ivonne al arroyo y ahí nos lavamos la cara y los dientes con el agua helada. La copa de los árboles forma un techo cerrado que apenas deja pasar la luz del sol.

De pronto, nos sacude un alarido de terror. Nunca me asusté tanto en mi vida. No sabemos en qué dirección correr, ni siquiera sabemos si averiguar lo que pasó o escapar. Nos abrazamos entre todos a medida que los gritos siguen creciendo. Cada vez se suma más gente al griterío y en ese caos, puedo escuchar que alguien pide ayuda.

Corremos hacia el campamento y vemos a Juanjo con un botiquín en la mano y los ojos como vidrios rotos.

Nos acercamos adonde está la mayoría. Los gritos se transformaron en alaridos. Hay movimiento de gente corriendo de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer. Mis zapatos detectan algo húmedo, chapotean en una salsa pegajosa. Me asusto. Un hilo rojo me mancha la puntera de las zapatillas y me da una arcada. Recién ahí entiendo lo que veo: ¡es sangre! Un río de sangre o mucho más, una catarata. La sangre del cordero de

Cristo que me hicieron dibujar en catecismo, la de la menstruación, la que pedían para mi mamá el día del accidente, la sangre que me unía a ella y me une todavía a mi hermano y a mi papá, la que no se tiene que perder por nada del mundo.

Me acerco un poco más y descubro que el accidentado es Ignacio y que toda esa sangre se escapa de su mano. ¿Cómo puede salir tanta de ahí? Toda su ropa está manchada y también la toalla con la que intentan parar la hemorragia. Hay un hacha tirada en el piso y desde ahí hasta la mano, una línea roja. Ignacio grita, llora. Juanjo ahora está tranquilo y con la boca corta tiras de gasa. Carolina y Alfredo le hacen un torniquete abajo del codo, le mojan la cara y le corren el pelo de los ojos.

Carolina no está tan tranquila. En un momento, Ignacio cierra los ojos y ella grita: ¡Ignacio, aguantá, por favor, aguantá despierto! Alfredo dice que se desmayó, que es por la pérdida de presión y pide que alguien traiga azúcar y que liberen el espacio alrededor de él, que no necesitan mirones. Juanjo llama aparte a Pablo, a Tincho y a Lourdes y les pide que traigan dos troncos de madera largos y no demasiado gruesos pero resistentes. Van a hacer una camilla. Alfredo me aprieta el hombro y me dice que le consiga camperas de gimnasia y buzos de tela y eso hago, les pido a todos, pierdo la vergüenza y el miedo desaparece porque lo único que quiero en ese momento es hacer lo que se necesita. Me da vueltas todo en la cabeza, no entiendo lo que pasó, pero algunos comentarios alrededor me lo aclaran: que Ignacio sostenía el tronco donde Tincho pegaba con el hacha, eso es lo que pasó.

Yo trato de concentrarme solo en lo que tengo que hacer. Ato una campera con la otra, según lo que me va diciendo Alfredo y lo que me acuerdo del curso.

Ignacio se va reanimando de a poco.



Carolina se arrodilla a mi lado, como si esperara que yo le dé instrucciones, qué absurdo.

—La camilla tiene que quedar bien rígida —le digo. La abrimos hacia los lados y estiramos para calcular cuánto hay que ajustar para soportar a un chico

como él y entonces, Lourdes se acerca y les pide a los demás que traigan las sogas que sobraron y entre las tres vamos haciendo nudos de refuerzo a las mangas para que puedan soportar más peso.

Alfredo y Juanjo lo acuestan en la camilla y empiezan a bajar rápido por el camino que vinimos. Ni siquiera se despiden de nosotros, que nos quedamos mirándolos perderse en el bosque.

La coordinadora de a poco se va tranquilizando y nos dice que juntemos nuestras mochilas y abrigos y pongamos todo debajo del refugio porque el cielo está encapotado. Ivonne se acerca a Lourdes y a mí y nos dice que somos las chicas más valientes del campamento. Carolina se ríe y le da la razón.

Recién una hora más tarde, se escuchan los primeros truenos. El cielo está cada vez más negro. Corro hasta el mirador buscando a Alfredo y a Juanjo pero no veo nada.

—Espero que no los agarre la lluvia —dice Carolina con cara de preocupación. Con un palito, dibuja zigzags en la tierra, a medida que se moja con unas suaves gotitas.

—¿Se va a morir? —le pregunta Ivonne de repente.

—¡No! —dice Carolina, aunque su voz no suena totalmente convencida. —Porque la sangre ya estaba coagulando cuando se lo llevaron. Igual, la mano siempre es un lugar peligroso. No quiero ni pensarlo.

Comemos galletitas y nos quedamos dormidos unos encima de otros para darnos calor.

A la noche, no cenamos porque cuando para de llover, todavía estamos haciendo la digestión de la merienda y la leña sigue empapada. Carolina nos dice que para casos así, trajeron latas de conserva pero que si ninguno de nosotros tiene verdadero hambre es mejor que nos vayamos a dormir así como estamos. A

nadie se le ocurre levantar la mano para protestar.

A la mañana temprano, escuchamos un silbido familiar. Soy de las primeras en salir de la bolsa de dormir. Asomado por debajo del cubretecho está Juanjo, que con una sonrisa nos dice:

—Ignacio está fuera de peligro. Le cosieron la mano y ahora descansa en el campamento.

Los chicos gritamos de alegría y los que siguen dormidos se van sumando al griterío a medida que se despiertan y entienden lo que nos acaban de contar. Nos abrazamos entre todos y por primera vez, siento que cualquiera de ellos podría ser mi amigo.

Juanjo sigue hablando por un rato. Nos da algunos detalles. Le dieron 18 puntos en la palma y los dedos y la vacuna antitetánica y debemos volver al campamento antes de lo planeado. No vamos a ir a la Laguna Negra, pero nos van a organizar alguna otra cosa igual o más divertida para hacer en la base. Así que desayunamos, juntamos todo y bajamos.

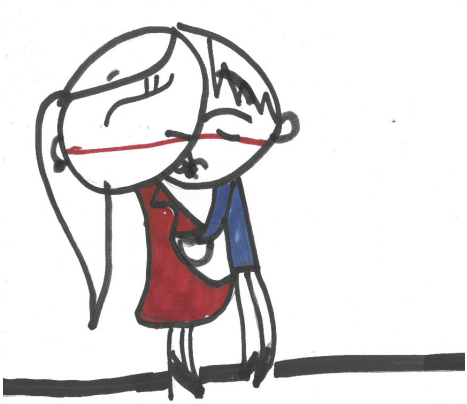
13.-CASAMIENTO

Esa misma noche, Ivonne e Ignacio celebran su casamiento en YMCA-LIHUE.

Lourdes y yo les hicimos un vestido blanco con la funda de la almohada y el tocado y el ramo con algunas flores que encontramos en la montaña. La cola se la hizo Ivonne con la sábana de su cama y se la enganchamos a la corona con gomitas e invisibles. Parece una muñeca de porcelana. Verónica, la metida, le pone un poco de maquillaje en los cachetes pero para mí se le va la mano. Además, le dibuja los labios con forma de pescado.

La ceremonia es en el comedor. Juanjo hace de juez y Franca y mi hermano Pablo, de testigos. El juez los declara marido y mujer y ellos se dan un beso. Ivonne se da cuenta de que le falta algo: ¡el anillo! Entonces Carolina le da una chapita de lata de cerveza que encuentra en el piso. Ignacio, que sí tenía el suyo, le pone en el dedo a Ivonne un anillo de madera hecho por él mismo con una ramita de arrayán.

Empieza a sonar el vals y los novios bailan muy enamorados. Al ratito, Verónica y Franca se meten en la pista también y los demás las copian. Lourdes me saca a bailar, y también, Carolina y Juanjo. Al final, terminamos bailando todos juntos.



14.-COWBOYS Y CHEROKEES

Hoy es el último día. Todos estamos un poco tristes porque a las seis de la tarde sale nuestro micro a Buenos Aires. No nos queda mucho por hacer más que las mochilas y almorzar. A eso de las dos, Alfredo dice que todavía nos queda un juego.

Y el juego es así: todos los chicos nos dividimos en dos grandes grupos. Uno representa los indígenas de América del Norte que defienden sus tierras ancestrales. En nuestro caso, los cherokees. El otro grupo es el de los cowboys blancos que quieren conquistar nuevos territorios.

Los cowboys manejan una carreta llena de víveres y tienen que cruzar de lado a lado el terreno que nos marcaron. Por el medio pasa el arroyo Goye que ya cruzamos mil veces en este campamento. Vamos a tener que cruzarlo una vez más para llegar a la meta, que es ese islote que hay enfrente de YMCA-LIHUE. Por suerte, nos dice Alfredo, el nivel del agua está muy bajo estos días y la parte más honda nos llega como mucho hasta la rodilla.

En cuanto a los cherokees, van a tener que quitarles todo lo que los cowboys tienen en sus carretas sin que los blancos les toquen sus cabelleras.

A Ivonne y a Lourdes las mandan al otro grupo. Le pido a Carolina si puedo ir con ellas y me dice que no, que tengo que aprender a integrarme con todo el mundo. Mi hermano Pablo está en mi bando y también, Verónica.

El juego arranca y yo me quedo quieta, como siempre. Otra vez me pregunto por qué tuve que venir a este lugar horrible, para hacer cosas que odio como competir para alcanzar un punto más rápido que otros o jugar con pelotas.

Pero por suerte, Juanjo nos habla y me olvido de lo

que pienso. Nos dice que nosotros somos los indígenas a los que los blancos les robaron todo.

—Así que traten de quitarles todo lo que tienen porque si no, sus hijos se van a morir de hambre. ¿Y ustedes creen que a alguno de ellos les va a importar? No, al contrario, van a disfrutar, van a festejar con cada cabellera cortada.

Después, le hace acordarse a Ignacio que tiene la mano cosida y le dice que mejor se quede quieto y tranquilo. Ignacio se enoja y se sienta en un tronco abajo de un árbol. Yo le pregunto a Juanjo si me puedo quedar sentada cuidando a Ignacio y él me dice que no, que él está esperando que yo salga a correr, a disputar



el botín, y a trabajar en equipo. Otra vez, me arrepiento de haber venido.

Suena el silbato. Allá vamos. Nos agachamos y avanzamos en silencio hasta los arbustos para hacerles una emboscada a los cowboys.

Pablo es el primero en robarles sin que lo toquen. Lleva una tela y una botella hacia el refugio cherokee. Al ratito, Verónica y Tincho corren hacia la carreta de los blancos pero no consiguen robar nada. Seguro que yo tampoco lo voy a lograr y encima, me van a tocar.

En un momento en el que Juanjo se distrae, Ignacio corre al lado de mi hermano Pablo y juntos tironean de la sábana que hace de carreta y la abren por la mitad, y todas las cosas saltan al piso. Ignacio agarra tres cosas y Pablo, varias más y corren contentísimos hasta el refugio.

Sé que es mi oportunidad: la mitad de las cosas siguen tiradas y los cowboys se desesperan por reconstruir la carreta con nudos para salvar lo que les queda. Voy corriendo sin pensar en nada, solo mirando dos latitas de gaseosa que van a ser mi botín. Verónica me grita que me apure, que lo importante es que no me toquen, pero que no me preocupe por agarrar nada porque igual ya tienen de todo. Más vale que me va a decir eso, siempre tratando de hacerme sentir la más inútil de todas. Yo sigo corriendo lo más rápido que puedo pero ya no veo las latitas, las deben haber guardado. Me falta el aire, tengo que parar por un minuto o me voy a desmayar pero no quiero arruinarles el juego a todos.

Ignacio y Pablo corren para rescatarme pero los blancos, que esta vez son Ivonne y Lourdes, están más cerca y me tocan la cabeza. Ellas, mis mejores amigas de este campamento, me acaban de humillar delante de todos. Soy la única baja de mi grupo, o sea, la única que murió en el combate.

Los trofeos se cuentan uno a uno. Los chicos de mi

grupo están enojados conmigo así que, por supuesto, no me dicen nada.

—Siete objetos de veinte. Y dos puntos menos porque tienen una baja— dice Juanjo con cara de decepción, como si esperara que ganara nuestro equipo. Va a ser difícil que ellos roben menos que esto. Tenían que sacarles por lo menos quince elementos para asegurarse la victoria. ¿Qué pasó? ¿Eh?

Me mira solo a mí. Los demás lo copian y también me miran a mí. ¿Qué culpa tengo yo de ser tan lenta corriendo?

—Siempre papando moscas —me dice Pablo, delante de Ignacio, delante de todos.

Yo me tapo la cara con el pelo que se me soltó de los costados y me trago las lágrimas antes de que salgan.

Alfredo se acerca a nosotros con pasos lentos.

—Ahora ustedes son los blancos —nos dice. Piensen algún plan.

Somos los cowboys. Algo se me tiene que ocurrir. Algo que tenga sentido y que nos haga ganar. Nunca se me ocurren cosas para ganar. Solo se me ocurren cosas para que nadie me moleste o para pasar desapercibida.

—Tenemos que anudar la sábana por la parte de arriba, así no pueden sacar nada —propone Verónica, emocionada, como si fuera una genialidad y yo pienso que violar las reglas siempre es el camino más fácil.

—No, no —dice Alfredo. —Eso es trampa.

—Yo creo que tendríamos que unirnos entre todos y correr a máxima velocidad —dice Pablo. —Ignacio y yo podemos ir adelante.

—Ignacio no va a volver a jugar —lo reta Juanjo, un poco enojado.

—Entonces que él vaya con…

Los chicos me miran como si yo fuera un extraterrestre. “Que vaya con Nadia, que es una tortuga”,

es lo que piensan, estoy segura. Creo que les gustaría sacarme del grupo, pero yo todavía no les conté mi plan.

—Hagamos una falsa carreta —propongo.

Verónica niega con la cabeza, muy convencida.

—No se puede —dice.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Porque es como lo que propuse yo —dice ella con arrogancia.

Alfredo interrumpe y dice que no es trampa porque no rompe ninguna regla así que podríamos hacerlo. También me felicita por tener tan buenas ideas, además de por hacer camillas.

—¿Ella armó la camilla? —pregunta Ignacio, sorprendido. Alfredo asiente y mi corazón empieza a latir más rápido y bombea la sangre al resto de mi cuerpo a toda presión. Entonces decido explicar todo lo que tengo en la cabeza.

—En la falsa carreta vamos los que corremos más lento —digo, cada vez más segura porque noto que lo que digo los convence —y llevamos hojas y piedras nomás, o cosas que hagan mucho ruido para llamar la atención. Al mismo tiempo, en la otra carreta, van los que corren más rápido. Como Pablo o… —Verónica me mira con desconfianza.

—O Vero. Pablo y Vero son los más rápidos así que deberían ir solos en la primera carreta. O adelante.

No puedo parar de hablar. Quiero tomar decisiones, quiero pensar cada paso de nuestro plan, me gusta que me escuchen con atención, que de a poco, yo me vaya volviendo su líder.

Mi grupo, el de la falsa carreta, que al final armamos con unas camperas y llenamos de hojas, arranca. Hacemos mucho ruido a propósito, para que nos oigan antes que a la verdadera carreta.

—No puede ser por acá —grito.

—No, no, debe ser por allá —dice Verónica.

Oímos el malón que viene desde lejos hacia nosotros. Nos hace caer al piso. Nos dejamos arrollar y nos cubrimos con las hojas. Los del otro grupo, enojados, revuelven las hojas buscando algo más.

—¡Acá no hay nada! ¿Dónde están los otros? —me pregunta Ivonne.

Yo no contesto, ni siquiera muevo la cabeza.

Ivonne se arrodilla al lado mío y roja de bronca me pregunta:

—¿Qué pasó? ¿Por qué no hay nadie más con ustedes?

Lourdes se da cuenta de todo y les explica lo que está pasando.

—¡Es una falsa carreta! ¡Nos engañaron! Vamos a buscar la otra.

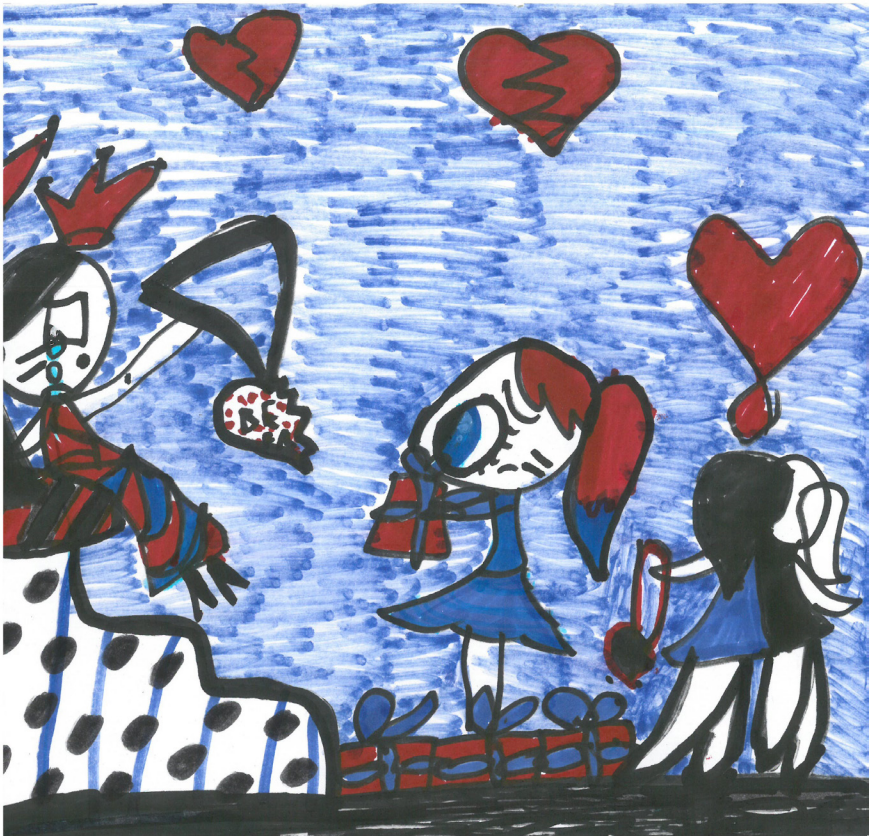
Salen corriendo hacia los arbustos pero enseguida escuchamos los aplausos y suponemos que la verdadera carreta ya llegó a la isla.

Caminamos hacia el arroyo, contentos, orgullosos y unidos. Juanjo y Carolina aplauden más fuerte al vernos llegar. El resto de mi grupo, el de la verdadera carreta, corre hacia nosotros y nos abraza. Ignacio dice que fue idea mía y me ponen una medalla y una corona hecha con ramas y hojas. Los demás chicos se acercan a tocarme como si fuera una persona con superpoderes. Gritan mi nombre.

Busco a Lourdes y a Ivonne. Cuando por fin las encuentro, ellas me dicen que no se quieren juntar más conmigo porque soy una tramposa. Y que si ahora todos piensan ser mis amigos, ellas no.

Me pongo tan triste que el viaje de vuelta se me hace mucho más largo que el de ida.

Llegamos a Buenos Aires. Nuestros padres nos esperan con banderas de bienvenida y sonrisas. Busco de nuevo a Ivonne y a Lourdes porque espero que ya se les haya pasado el enojo y me perdonen y volvamos a



ser tan amigas como el día que nos contamos los secretos de nuestras familias. Cada vez hay más gente y no las veo por ningún lado.

Mi papá nos hace subir al auto. Desde la ventanilla, las distingo en una esquina, caminando con sus mamás, pero cuando el semáforo cambia a verde, mi papá arranca y entonces se vuelven una mancha y enseguida, un puntito.

Nunca más nos volvemos a ver.

Lomas de Zamora, mayo, 2019

ÍNDICE

1.-MENSTRUACIÓN.....5

2.-¿UNA BUENA NOTICIA?.....9

3.-VIAJE AL SUR.....13

4.-IVONNE.....19

5.-COLONIA SUIZA.....21

6.-YMCA-LIHUE.....23

7.-CERRO CATEDRAL.....25

8.-AL LAGO.....27

9.-JUEGOS NOCTURNOS.....29

10.-INMIGRANTES.....31

11.-CAMPAMENTO VOLANTE.....33

12.-HACHAZO.....40

13.-CASAMIENTO.....45

14.-COWBOYS Y CHEROKEES.....46

.

Esta plaqueta fue editada entre agosto y noviembre
de 2019 en el
Espacio Asterisco.
Banfield, Buenos Aires,
Argentina



esp.asterisco
espacioasterisco
asterisco.espacio@gmail.com